

# Mariposas dislocadas

Gilma Luque



*Lo que ampara al amor es el fracaso,  
el hecho de saber que no lo alcanzaremos nos permite ir tras él.*

LA PRIMERA VEZ QUE LO VIO ALGO TRASTORNÓ SU VIDA. Él no podía saberlo, sólo estaba ahí sentado mirando la puerta. Ella se detuvo, pues las mariposas que en su infancia habitaron inmóviles la pared de su cuarto se cayeron una a una y poblaron el piso. Lo miró, eso fue todo.

Ella volvió a su casa y al entrar de inmediato se sintió extraña. Primero pensó que era su afán por la fantasía, por las historias imposibles. No reconocía nada: un perro viejo y sucio la saludó, quería salir, también había un gato que no se movió de su sitio: mi perro y mi gato, pensó ella. No recordaba sus nombres, eso no tendría tanta importancia, descubriría que nunca los llamaba de la misma forma. El perro sólo dio unos pasos lentos y se tiró bajo el sol.

Miró los muebles, y las llaves en sus manos, había muchas plantas, la mayoría muriendo. Fue por agua y notó que no les hacía falta, quizá un espacio distinto. Las dejó. Fue a la habitación y se tiró en la cama, recordó un cuento que su abuela le contaba: era de una niña que entraba a una casa ajena, se sentía cansada y veía tres camas de distinto tamaño, después le daba hambre y en la cocina encontraba unos platos de sopa, tres también, la casa le pertenecía a una familia de osos. No pudo recordar el final del cuento, pero ella se sentía así: una extraña usurpando un hogar de plantas secas. Pensó en él, el chico que acababa de conocer, sintió necesidad de besarlo como si ella ya hubiera estado en esa boca. Se quedó dormida.

La despertó el ladrido de su perro que quería entrar de nuevo. Esta es mi casa, pensó ella, si no Albino, así nombró al perro, me hubiera ladrado al llegar. El perro entró y fue directo a la cocina, ella sirvió croquetas y fue hasta un sillón que estaba junto a una lámpara alta, la encendió porque ya oscurecía y tomó el libro que tenía un separador; leyó hasta que se escuchó que alguien entraba: su esposo. Era un hombre atractivo que saludó al perro por largo rato, dijo que olía mal, que ya tenían que bañarlo y le sonrió. Se sintió contenta, pensó que ella, la de antes, o ella, la otra, había elegido bien.

Durmió con el hombre, se llamaba Dante; él la besó antes de dormir y ella se dejó. El gato iba y venía, maullaba, y los miraba mientras dormían.

Se acostumbró a la casa de plantas secas y tierra húmeda, al perro que nunca le ladraba a nadie, al gato que aparecía sobre todo por las noches, al esposo y al recuerdo de Alan, así se llamaba el hombre de manos largas que había conocido.

Alan le haría un retrato, por eso se habían visto en un café. Una amiga de ella se lo había recomendado, le dijo que él pintaba muy poco y que además él decidiría si hacía el retrato o no.

La memoria era el territorio más difícil para ella que recordaba todo de la misma forma: sin sentirlo suyo.



Su nombre era una de las tantas cosas que había olvidado, pero se conformó con Pol, como la llamaba su esposo, Tesa, su única amiga, y la gente que la encontraba en la calle.

Continuó con la vida. Se empeñaba en que las plantas no murieran, pero murieron. Tomó las macetas y las llevó al patio; descubrió un cementerio de plantas, estaba lleno de macetas como lapidas; entristeció, y entró de nuevo a su casa, tomó su bolsa, caminó hasta el mercado y compró cuatro plantas nuevas que sustituirían a las muertas.

Decidió mantener a Rambo, así nombró al perro que antes se llamó Albino, limpio, pero el perro apenas salía de la regadera se escapaba de la casa, veloz y pequeño, y se embarraba de tierra. El gato iba y venía, maullaba.

Se iba acostumbrando a esa vida, a que las cosas no ocuparan un sitio definitivo, a que el perro con muchos nombres también cambiara de color y de edad, de sexo; algunos días fue una linda bóxer a la que llamó Lucha. A su esposo con barba, sin ella, con los ojos café o

profundamente negros. Era como si todas las formas de la realidad le pertenecieran, o ella le perteneciera a algo irreal y absoluto. Pensó: así también es la vida.

Comía la sopa de los osos, usaba sus pijamas, dormía cada día en distinta cama, leía los libros que encontraba abiertos por toda la casa, cargaba al perro que ahora era pequeño, blanco y regordete, alimentaba al gato que la miraba profundamente como si él supiera que ella era una intrusa. Dormía con su esposo que la llamaba Pol, que le hacía el amor, y pensaba en Alan que seguía sin aparecer.

Del tiempo no llevaba un registro real, sabía de él, que cambiaba de color, que la luna no siempre aparecía igual por las noches, que a veces hacía frío y otras calor, que los pájaros bajaban por las moronas que les tiraba afuera de casa sólo a veces, lejos para que Ulises, así se llamaba el gato, no los atrapara.

Después de muchas moronas en el piso, Alan la buscó para decirle que le haría un retrato. Pol volvió a las mariposas que vivían en la habitación de su infancia, dijo que sí, que le diera la dirección de su estudio, que ahí estaría. Al colgar sopló muy fuerte, quería que las mariposas de papel volaran.

Se miró en el espejo mientras su perra de raza pequeña y un pelaje abundante le pedía que la cargara, ella la ignoró pues intentaba reconocer en el reflejo un rostro blanco de cabello esponjado. Miró largo rato su muy pequeña boca: no cabrán muchos besos, dijo en voz alta. Acarició al gato que en el hocico tenía la cola de una lagartija y salió. La idea de ver a Alan invadía de sol las calles.

El estudio era pequeño y caliente, muy caliente. Él era amable, pero nada más. Le dijo que era muy bella e intentó acariciarle el rostro. Pol, que lo deseaba absolutamente, se hizo a un lado. Nada en el estudio

de Alan le parecía extraño, ajeno: simplemente no lo conocía, pero habría podido quedarse por siempre en ese lugar, con él y sus largas manos. Se quitó la ropa —la ropa de alguno de los tres osos—, se sintió más ella. Le estaba entregando el cuerpo a Alan que se sentó lejos y se perdió tras el lienzo. Voy a envejecer, pensaba Pol, voy a envejecer y él no me ha tocado. No podía llamarlo, sabía las palabras, sí: ven, pero no podía pronunciarlas. Alan le pidió que se vistiera, le dijo que la sesión había terminado, que la llamaría otra vez, que esperara. Pol lo hizo, se fue pisando mariposas.

La casa de los osos la recibió con las plantas secas, con una perra color blanco, que mordisqueaba un libro de Dante que dormía en la habitación. El gato salió huyendo dejando alas de pájaro a su paso. Se dejó caer en un sillón rojo que nunca había visto. Miles de aves guardadas en cuadros sostenían las paredes de su hogar. Nada importaba porque Alan la había mirado.

Pasaron más plantas nuevas, más y más ofrendas de su gato y muchos platos de sopa para que Alan volviera a buscarla. Sucedió exactamente lo mismo que la sesión anterior: las calles, el sol, el calor, la mano, la desnudez, el lienzo. Ella supo que así sería su historia, que se repetiría eternamente.

—Terminó la sesión, te busco después —le dijo Alan limpiándose las manos largas llenas de colores. Miraba la ropa de Pol en señal de que debía vestirse.

—Todo en mi casa se mueve, desde ti todo camina —Pol esperaba una explicación. Alan sonrió, porque siempre sonreía.

—Yo no he hecho nada.

Ella, Pol, sabía que era cierto, que Alan no había hecho nada, él sólo estaba ahí y ella... caminó hacia el cuadro, su retrato. Lo contempló. En el lienzo había una puerta y nada más. ▀▀

